

DESDE 1978

VIAJAR

LA PRIMERA REVISTA ESPAÑOLA DE VIAJES

revistaviar.es

HIMALAYA

Un viaje de altura



Octubre
2025



Nº 553 - 4,50 €
PVP Canarias 4,65 €

CASTILLA Y LEÓN

Ruta de cine por el lejano Oeste español

OMÁN

La joya oculta de Oriente Medio

PAÍS VASCO

Recorrido gastro por la costa cantábrica



JAVIER MORO
ESCRITOR Y VIAJERO

Las islas Lofoten

Este verano, fui con mi hijo de 20 años a explorar las Lofoten, 200 km al norte del círculo polar ártico en Noruega. Son un rosario de islas, muy juntas, unidas por túneles y puentes, algunos de ellos, maravillas de la arquitectura. Primero llegamos en avión a la pequeña ciudad de Bodo, en el continente, y el trayecto del aeropuerto a la ciudad marca el ritmo del lugar: se hace a pie, y no se tarda más de 15 minutos en llegar al centro, al puerto. Allí nos subimos a una lancha para ver los *maelstrom*, una de las corrientes más fuertes del mundo. Es impresionante navegar entre esos remolinos tan potentes que, de no contar la lancha con dos motores de 300 CV, nos engullirían fácilmente ante la mirada de las águilas marinas que nos sobrevuelan. Quizás lo más sorprendente sea la temperatura, unos 22 grados, y un sol espléndido que no se pone nunca. Allí descubrimos que íbamos a tener que arrastrar el peso de nuestra inútil ropa de abrigo durante todo el viaje.

En Svolvaer, la capital, nos bañamos en el océano Ártico y el agua no estaba más fría que en Santander por el efecto de la corriente del Golfo, que acaricia las costas y proporciona temperaturas agradables. Me metí en una sauna frente al mar, y me zambullí para refrescarme mientras mi hijo se fue a explorar la ciudad. Volvió excitado de haber encontrado un museo de la segunda guerra mundial repleto de armamento y memorabilia de la época, recuerdo de cuando Noruega fue invadida por los nazis. También descubrió un bar de hielo y después de cenar sendos filetes de ballena, fuimos a tomar una copa a seis grados bajo cero. En el interior del local, tuve que lanzarme por un tobogán de hielo ante las risas de mi hijo, encantado de burlarse de lo torpe que es su padre. Dormimos en un *rorbu*, esas antiguas cabañas de pescadores reconvertidas en hoteles

rurales con encanto (aunque caros). Y a la mañana siguiente, al volante del coche de alquiler, salimos a recorrer las islas. La niebla nos impedía ver la carretera hasta que empezó a soplar un ventarrón que limpió la atmósfera; pasamos del invierno al verano en segundos. De nuevo, un sol radiante iluminaba los fiordos. “¡Mira, papá!”, me repite mi hijo a cada curva: picos que culminan a mil metros aureolados de nieves eternas, largas playas de arena blanca que atraen a los surfistas, acantilados que caen a plomo sobre un mar plateado... A la vuelta de otra curva surge una aldea que parece sacada de una antigua saga nórdica, con casitas de colores vivos y techos cubiertos de líquenes, rodeadas de prados de un verde intenso salpicados de epilobios, esas flores que tapizan los prados y las costas de color malva. Al fondo, un pequeño faro blanco y rojo parece marcar la singladura del expreso costero que navega en un mar muy azul. En las Lofoten, apetece pararse constantemente y zambullirse, ya sea en lagos o en calas de aguas turquesas, y pasear a caballo por las playas. Todo es tan bello que parece irreal: es el paraíso de los enamorados de la naturaleza. Pasamos por Henningsvaer, un pueblo que se orgullece de tener el estadio de fútbol más al norte del mundo y, según la FIFA, más bonito. Llegamos tarde a Nusfjord, aldea de pescadores a la

que se accede por una carretera espectacular. A las once de la noche, el sol seguía alto e iluminaba de una luz dorada las terrazas de los bares y restaurantes que seguían abiertos. Nos tomamos dos pizzas y dos cervezas viendo el sol de medianoche. Cuando llegó la cuenta, mi hijo no se lo creía: “¡Noventa pavos, papá!”, dijo scandalizado. La otra cara del paraíso es que es caro. Poco proliferan los campings y las autocaravanas, una manera económica de recorrer estas islas. Lo demás es lujo. ☑

